



Asuntos Internos

Pablo Ramírez Perona



Ediciones
Alfélzar

Asuntos Internos

Pablo Ramírez Perona



Ediciones
Alféizar

© 2018

Editado por Ediciones Alféizar

C/ Joan Carles Iº 41

46715 – L'Alqueria de la Condesa – Valencia – España

Autor portada: Enrico Pitton

Email: info@edicionesalfeizar.com

Web editorial: www.edicionesalfeizar.com

ISBN-13:978-84-947805-9-2

Depósito Legal: V-1943-2018

Para Alicia, María y Elisa, que lo son todo .

1. De vergas.

Por el extremo de la barriga había mucha pobreza, mucha escasez de priapo. Las tercianas se llevaron la simiente y dejaron el estandarte caidón y sin alegría ninguna.

Eustragisilo Blanes desarrolló, a cambio, mucha mala hostia y unos modos taimados, aunque un poco maricones.

Por más que se trató en clínicas y curanderías, aquello nunca recobró una turgencia suficiente para el fornicio propiamente dicho.

Una noche de humo y güisqui, Eustragisilo terminó contándole su viacrucis a Trejo, un enano generoso de verga, cuarta y media bien despachada según su dueño.

—Yo me las calzo y tú miras —concluyó Trejo.

—Venga ya, enano, tú nunca has tenido mujeres como las que yo gasto.

Trejo rio hasta doblarse de dolor.

—Vamos a ver, pitichico, hasta ahora nunca he follado gratis. A mí me pagan. Y esto no falla.

Trejo destrabó su tizona y la dejó caer en la mesilla de café. Desde ese momento, Eustragisilo Blanes tuvo claro que la injusticia palmaria se la cobraría en sangre.

Y es que Eustragisilo no permitía la falta de simetría en el mundo. Solo conducía al desorden.

2. Asuntos internos

Me lo dijo Doña Olga: «Llevarás los asuntos internos».

He visitado todas las corseterías del páramo. Me he acostumbrado al tacto de ola del guipur, al lujo aurífero de los brocados. A la dulce rigidez de las ballenas que dibujan arquitecturas de senos altivos y cinturas breves; a distinguir el código de los colores, el de las transparencias. A calibrar su efecto en la mirada, en el deseo.

Es difícil acertar y guardar el equilibrio entre el erotismo y lo pornográfico. Esta reflexión me ha dado mucho predicamento entre las chicas.

3. Felatora.

Vito, el de la Tuerta de los Quesos, tenía ocho años cuando sodomizó la primera oveja. La incipiente construcción de su moral no sufrió ni una leve oscilación. Repetía lo que había visto hacer a sus hermanos mayores y a su padre.

Sin embargo, desde el principio, la mecánica del hecho le causó cierta incomodidad que no supo definir con precisión.

La zoofilia se disolvía entre los afanes y los juegos de la infancia. Como el Cola-Cao.

El día de su décimo cumpleaños, Vito, nos llevó al cercado en el que había apartado una oveja. Se puso frente a ella y se bajó la ropa. «Alguna vez me ha mordido, pero así no me mira con miedo. Pobrecilla».

4. Blonda.

La Coja Ruiz era muy conocida por su tienda de lencería y mercería. También la conocían mucho los varones que se aficionaron a lo que la cojera aportaba. Por desbrozar habladurías e invenciones de pequeña vecindad miserable, he de decir que tuve información primera por boca de Doña Olga. «Tienes que llevarle esta combinación a la Coja Ruiz». Le contesté que me parecía el mundo al revés. «Ella es la proveedora de esa clase de ropa». Doña Olga mató cualquier polémica. «Esto no es ropa interior. Son asuntos internos. Bértolo quiere que esta prenda la tenga La Coja Ruiz y yo no estoy para discutir con los parroquianos».

La Coja Ruiz recibió el presente con una sonrisa cachonda y espléndida. «De parte de Bértolo» dije acercándole la caja de la combinación.

La franqueza de la sonrisa me impulsó a averiguar más alrededor de la Coja. Así, supe que adoraba las artes amatorias de Bértolo hasta el punto de mendigar el rumbo de su amante como una fiera ansiosa. Según Pozuelo, que asegura haberlos visto en pleno trajín, las habilidades de Bértolo son tales que la coja se desvanece, con el oremus perdido, en lo más interesante del vaivén.

Cree Pozuelo que Bértolo utiliza la blonda de los ropajes internos para acariciar el muñón mutilado y que este debe ser el motivo principal de las ausencias gustosas, afirma Pozuelo, porque otros motivos a él no le extrañaron y se parecían mucho a los motivos de algunos parroquianos de Doña Olga, por comparar con el género más conocido por Bértolo.

5. Despiece.

Solimán no era turco, era carnicero. Siempre tuvo el afán de mejorar en la vida. Progresar, decía él.

Todos los jueves del año aplicaba una hora al progreso. Desarrollaba sus conocimientos del oficio. En casa de Doña Olga se revestía con un guardapolvos blanquísimo y daba la orden: «túmbate boca abajo, desnuda total».

Fue cambiando de partenaire hasta que encontró el tamaño adecuado. «Necesito más carne Doña Olga, pero sin que se rebose».

Al fin la Cañonetti cumplió el canon.

Sin dudar, con pulso firme marcaba las partes de la geografía carnal: babilla, espalda, culata... La Cañonetti inmóvil, in púribus, como muerta.

Solimán progresaba. La vida también.

6. Incendio.

Esto anotó Nilo Gaona, el Secretario del Juzgado:

«Entre las cenizas, aún humeantes, se encontró un cuerpo de mujer parcialmente quemado. Tiene jirones de piel que van de un negro intenso a un virulento carmesí. Cuatro heridas de arma blanca se disponen en cruz alrededor del seno izquierdo. Ninguna es mortal.

A su lado, ebrio, mira el cadáver Manuel Rodríguez, alias “Pitití”»

NOTA: en su mirada vacía no adivino espanto ni arrepentimiento. ¿Hasta cuándo estaré condenado a ser el dique de la idiocia y la crueldad de este pueblo?

7. El Majo.

Yo atronaba las calles con la Bultaco Metralla. Adita llevaba la minifalda cada vez más corta. Los parroquianos del Bar «La Frontera» hacían más aprecio de los muslos de Adita que del estruendo de la Bultaco.

El padre de Adita, abatido, me pidió que me encargara de El Majo, confesó que era un asunto de cuernos y me prometió a Adita hasta que ella se cansara. «Todas se acaban cansando».

Los días se hicieron más luminosos con la seguridad de que Adita no me expulsaría de su paraíso. El rugido de la Bultaco y los muslos rubios de Adita alargaron el verano hasta hacerlo eterno.

El tiempo marcaba sus hitos y la tarea se volvió urgente.

Lo del Majo lo hice mientras Adita dormía una de sus siestas infinitas. Lo enterré en La Calera, debajo de una montaña de cal viva.

El temor a que Adita se cansara de mí, me hizo pensar que su madre iba a necesitar un nuevo amante y que yo tenía la ventaja de que todo quedaría en familia.

8. Nina.

Nina llegó para cantar en el Casino.

My baby just cares for me.

Alargaba las noches en la ruleta. Giraba la rueda y Nina crecía con el azar. El arcano de los números se resguardaba en el azabache de los ojos de Nina. Todo fue muy bien hasta que empezó a ir muy mal. Nina empezó a perder cuando le cruzaron a Leocadio Breogán, un gafe profesional que descabalaba la suerte. No necesitaba roce ni cercanía. Se descolocaba el peluquín pajizo y miraba con el ojo virolo a la víctima. De forma inmediata la suerte corría a esconderse del adefesio.

«Alguien me ha dicho que sabes encargarte de algunas tareas». Nina me lo pidió con claridad. «Deshazte del gafe. No acierto ningún número, no encajo ni una nota. He perdido hasta el paladar, el whisky me sabe a algo antiguo y polvoriento».

El encargo era muy comprometido. El mínimo contacto, una mirada breve de Breogán y la desgracia te hundía en el pozo más negro.

Un mal golpe en la oscuridad descabalgó a Breogán de la vida. Lo dejé en La Calera, otro más. Con el peluquín le tapé el ojo virolo que todo lo desgovernaba. Las alimañas se ocuparon del cenizo hasta que su huesa monda y blanquísima se confundió con la tierra albugínea.

9. Cipotera.

Asenjo lo propuso y todos los parroquianos del Bar La Frontera estuvieron de acuerdo. Una noche de verano tuvo la reunión cuenta cumplida del propósito.

Lorencete Navajas insistía en que reventaba un vaso de tubo, de los comunes de cubalibre, con su propio cipote. No golpeándolo, sino que una vez alojado el miembro dentro del envase, con el empuje propio del aparato al crecer, el vaso explotaba. Los parroquianos lo pusieron en duda, sin mofa ni expresiones ordinarias porque el caso les parecía prodigioso aunque también percibían el peligro cierto de un accidente fatal. Y muy doloroso.

Llegado el momento, Navajas acomodó el trasto dentro del vaso y pidió a la reunión dispensa para tener ayuda, «es por abreviar el trance señores, a nadie le gusta tener el cipote a la intemperie». Convinieron en que participara la Habanera como auxiliadora. Todo resultó un éxito. La sabia manipulación de la Habanera produjo un desarrollo magnífico del arma de Navajas y el vaso estalló como si le hubiesen puesto una bomba los tupamaros.

En el silencio sorprendido de la noche, la Habanera se despidió de Navajas, «tamaña pinga se la manda meter a su mami. ¡Carajo con el monstruo!»

10. Colmenera.

Doña. Olga dijo: «Tienes que sustituir a Calleja esta noche. Está indispuesto». Me extrañó que Doña Olga conjugara el masculino para su negocio. «Este negocio es complicado y este servicio más».

Fue chocante encontrar a Doña Celinda, la viuda, en paños menores, expuesta en una chaise longue, rodeada de las fuerzas vivas, también en paños menores.

El ágora singular se resumía en la adoración y manoseo de la viuda por parte de los encuerados. Una esplendorosa abeja reina asistida por los zánganos de la colmena.

El cuerpo translúcido de Doña Celinda fulgía en el gabinete con la potencia y la solemnidad de una macarena.

D. Gil, el señor juez, me indicó «Calleja le succionaba los pezones. Como un cachorro».

A ello me dispuse. En este negocio hay asuntos de mucha enjundia. Un fallo y se jodió el negocio.

11. Afilada.

Íbamos Ruiz, Quiralte y yo con la idea clara. Siempre había alguna casada huera de marido.

En las tardes de verano en el río, en las verbenas del interminable santoral, en los mercados bulliciosos. Decía Quiralte que «están deseando. El abandono del nido facilita que otros pájaros lo calienten».

Cuando más comprometida estaba la escena, Ruiz y yo aparecíamos con la Kodak. «Le mandamos las fotos a tu marido. O nos das todo lo que llevas y te quedas con el carrete. Sales ganando: discreción y disfrute».

Nosotros nos largábamos con rapidez. Visto y no visto. Todo limpio.

En cambio, Quiralte acompañaba a la dama en el trance amargo. Explicaba la fuerza de las circunstancias, lo inevitable del asunto. Y se despedía pidiendo perdón. Un caballero romántico, como un gentleman de las cuatro plumas.

Fue la mujer del barbero. Quiralte sobrepasó todas las medidas de prudencia. En contra de la costumbre, la mancillada le pidió otra oportunidad. «La habitación ya está pagada. Y quiero algo a cambio. Por el disgusto».

El filo de la navaja barbera, agudísimo, cortó la carne esponjosa con un enorme escándalo de sangre.

Quiralte quedó emasculado. Inútil para el negocio galante. Con la desaparición de los trastos también se esfumó la pasión. Quedó mustio, agachadizo y bolsillón.

12. Ballenera.

«La occisa yace en decúbito prono (así la han dejado los operarios que la han sacado del pozo al que se ha arrojado con ánimo de suicidarse).

El color amoratado de la piel indica la anoxia cierta del ahogamiento. El vientre hinchado y tirante como la piel de un tambor revela que en la agonía ha tragado una cantidad importante de agua. Muerte por ahogamiento suicida».

El Secretario del Juzgado, Nilo Gaona anotó, «sólo una bandada de golondrinas alocadas ha venido a remontar el alma cansada de este cuerpo varado en la playa azul de una siesta insoportable».

13. Altocalcifilia.

Lo más difícil no fue encontrar los zapatos rojos con quince centímetros de tacón, finos como un estilete y capaces de degollar un novillo. Ni siquiera convencer a las chicas para que una mañana, somnolientas, desabridas, desfilaran encima de aquel andamiaje hasta que la Ingrid demostró el mejor equilibrio y la mayor prestancia. Tampoco lo fue adornar uno de los cuartos como una habitación del Palace, ni encontrar los atavíos apropiados para aquellos tacones.

—Y dices que la Ingri le ha pisoteado las ingles —Doña Olga indagaba.

—Don Isacio se lo ha ordenado —informé.

—Qué no habremos de ver en este negocio.

—Don Isacio, al final, se ha golpeado las partes con los tacones aullando como un lobo. Luego se ha vestido y se ha marchado.

—Ya te digo...

14. Fidelidad.

Tenía suerte Falín. Se quedó con el Bar La Frontera, cuando al Chepa se lo comió la roña y la miseria. Nadie reclamó nada. A todos les pareció justo que después de trabajar para el ser más miserable y más sucio de la Tierra, Falín tuviera algún pago.

Sin embargo, cuando Paco Lavidá murió y le dejó en herencia el exiguo capital que juntó durante una larguísima vida de amargura y vermús en La Frontera, nadie entendió que se lo gastara en un nicho medianero con el del difunto.

—¡Joder Falín! Vaya ocurrencia: un nicho... Con la de caprichos que te puedes dar, vas y eliges la huesera.

—Es por si a Paco se le ocurre pedirme un vermú.

15. Liturgia.

El último sábado de cada mes, Laurio Tercero celebraba su liturgia. Desde el principio fue un asunto que Doña Olga me confió. Laurio Tercero bajaba hasta el páramo con la urgencia de un animal sin desbravar y con la inconsciente alegría de las personas que no necesitan reparar en convenciones sociales.

Por lo que atañe al asunto que nos ocupa, las cuatro pastoras montunas que Laurio Tercero encontró en el cerro cuando compró la finca no necesitaban más que el cobijo del cielo y el ímpetu del deseo para yacer con él. Cualquier ser vivo era testigo de aquellos acoplamientos. Y así se convirtió en asunto.

La tozudez de Laurio en el trabajo acrecentó su fortuna hasta la riqueza.

La primera noche que apareció en lo de Doña Olga con el deseo de mostrar al mundo su cartera inagotable, agarró una cogorza homérica y se dejó un capital invitando sin tasa a todos los parroquianos. El único inconveniente fue que en mitad de la farra quiso empernarse a la Habanera, a la vista de todos, en el salón. El rechazo hizo que Laurio Tercero no volviera a pisar la casa. Doña Olga calculó las pérdidas y decidió poner el asunto en mis manos.

Ahora, Laurio Tercero se acerca una vez al mes y yo le organizo una francisquilla como él necesita. El salón lleno de una cofradía conchabada y dispuesta al goce. La Habanera aleccionada según conviene, y la liturgia se desarrolla a la perfección: Laurio Tercero exhibe su generosidad y su hombría rodeado de celebrantes entusiastas.

La Habanera, que es la exégeta avezada del personaje, asegura que en la soledad del dormitorio, Laurio es como un niño chico. «Ni se le ocurre. La tirantez del príapo le asalta en público, con espectadores. Dice que como siempre lo han mirado las cabras mientras desplumaba a las pastoras, que será de eso».

16. Esplendor de la mujer barbuda.

Aquel fue el verano del circo. El Caster, Rawling & Ciccio, apareció una mañana en el páramo como una cofradía desolada y polvorienta. Los carrromatos arrastraban milenios de polvo y decrepitud. Un limo gris verdoso vestía la miseria pudorosa de la procesión.

Las grandes atracciones del emporio fueron desfilando al son ruidoso de tres enanos que tocaban instrumentos imposibles de los que sacaban sonidos quejumbrosos. La mujer barbuda era una belleza escondida detrás de una abundante pilosidad que, desde lejos, parecía impostada. El hombre lobo tenía la pelambreira más ruda del páramo, pero la tristeza de su mirada arruinaba cualquier efecto terrorífico.

Caster me esperó en el Bar «La Frontera» y su relato creció con la anochecida.

«A Meuris Santana la encontré en el puesto de verduras que sus padres tenían en Cicateros. Era la mujer más bella del mundo y, en la cercanía, el dolor te anegaba el alma si la mirabas. La madre me advirtió con una contrición que debió levantar límites, Meuris es una criatura extraña y mutable. Yo no advertí peligro, cegado por la fascinación del descubrimiento.

La primera noche que nos vimos en plenitud, veneré la belleza pavorosa de Meuris Santana. No tenía vello ni pelo en ningún rincón del cuerpo. Un resplandor de alabastro llenó la estancia y cuando se quitó la peluca rubia, su cráneo nacarado conquistó toda mi adoración.

Decidimos esconder aquel terremoto de belleza en el personaje de la mujer barbuda, un clásico de estos circos.

Todo iba bien, después de cada función disfrutaba el ritual secreto de sacar a la superficie, como un palimpsesto, la belleza arrasada por las horribles barbas y pilosidades que eran el atavismo público de Meuris.

Hace poco, agregamos al elenco a Sansón Buitrago, el hombre lobo, y se arruinó el paraíso. Meuris, por desear lo que no se tiene, ha enloquecido por la selva pilosa que cubre el cuerpo de animal mitológico de Sansón.

Mi vida ahora es un cenagal triste, sin resplandor ninguno. Una cansinería. Ayúdeme a salir de este trance. Haga lo que sea menester».

Me acerqué al carrromato de Meuris Santana cuando arreciaba el aguacero. La noche lóbrega se volvió claridad en la angostura del vehículo. No tuve forma de salvar nada del naufragio. Entregué armas, vida y posesiones al ser que dejó bascando a este pobre mono asombrado.

El hombre lobo y Caster siguieron su camino perpetuo de circo y funciones asombrosas. Convencerlos de que la única salida al problema era la eliminación de la bella no fue lo más difícil. Esconder a Meuris Santana de forma que nadie en el páramo pudiera sospechar que no había muerto y que ahora iluminaba todos los días de mi vida, sí resultó una tarea azarosa.

Tengo la certeza de que Meuris Santana se irá detrás de algún carrromato que le ofrezca otra emoción y yo seguiré el camino triste de todos los circos que tengan una mujer barbuda.

17. Viscoso.

Nilo Gaona no encontraba ninguna explicación.

Era la quinta vez que en el barrio de Las Huertas amanecía un hombre muerto con el cuerpo lleno de escamas. Desnudo.

Pensaba que alguna explicación habría y la paciencia era imprescindible para encontrarla. También pensaba que el paso del tiempo agravaría la situación: más muertos con escamas. Se reconocía confuso y se sentía molesto por la rotundidad de la evidencia de su fracaso.

En el depósito miraba el cuerpo del último hombre escamoso a diferentes horas del día. Con diferente luz. El aspecto era el de un fino unguento, sin olor, sin sabor, sin color. Cubría la mayor parte de la piel. Taponaba, como una mucosidad, todos los orificios del cuerpo.

«¿Por qué se mueren? Y ¿el gesto de asombro?»

La muerte sólo tiene certeza y buena puntería.

18. Sacher Von...

La cueva pasó de la ruina cierta a la pompa del sadomaso. Las tinajas, cuarteadas por la sequía de sus vientres, alojaban ahora aparatos para la tortura gozosa. De los empotros polvorientos colgaban ganchos y cinchas pulidas y lustrosas. Focos y luces con la intensidad medida para el realce o el disimulo se repartían por toda la cueva. El orden y la limpieza extrema, como de laboratorio, habían sucedido al deterioro polvoriento de décadas.

Ella, rubianca, metida en carnes pero con esplendor, fumaba con desgana y con la melena tapándole media cara, derrumbada sobre el primer escalón, las medias rotas en carreras infinitas. Las bragas al aire en una exposición violenta.

Él, un hombrecillo circunspecto, más en cobrador de tranvía que en castigador cruel, las nalgas pálidas y tristes, musitaba, casi inaudible, «Arminda tuvo la idea. Conocía este pueblo por la criada de una vecina y se le vino a la cabeza que las cuevas serían un escenario muy propio para nuestro negocio. Además la discreción del lugar no ofrecía dudas. Todo ha ido muy bien. Hasta hoy. Ahora hay que rezar por el señor obispo, porque se recupere sin problemas. Desde Sigüenza venía una vez al mes. Arminda lo entendía como nadie, sabía atenderlo como él necesitaba. Y muy humilde que era su Eminencia».

Fue un asunto feo y triste, pero Doña Olga fue tajante.

—Encárgate del sado. Nos están arruinando con el exitazo que han tenido. Parece que a todos los machos del vecindario les gusta que los azoten como a criaturas —rezongaba Doña Olga.

Y me ha venido Dios a ver (en realidad uno de sus primeros ministros). Un aviso de la casa de Socorro me ha llevado a la cueva de los dolores. La amenaza de llevar el caso ante el juez y la promesa de que si se iban rápido yo haría la vista gorda, me ha solucionado el asunto en un suspiro. La cédula del Tiburón, que he enseñado como si fuera mi identificación policial también ha acelerado el desenlace. Ahora estarán llegando a Madrid vestidos de cuero negro, aireando las vergüenzas por la calle de Alcalá.

El negocio vuelve a la rutina y a las costumbres del páramo.

19. Voyeur y ella.

Como es sabido, todos los asuntos que se trataban en el Bar «La Frontera» giraban alrededor de la vida, o de la muerte.

Llegó herido, silencioso. Pasaba las horas mirando fundirse el hielo del Dyc.

Una tarde de calor imposible, el hastío y la desesperación le empujaron a contar, como un borbotón, el suceso que lo había postrado en la cuneta de la vida, en una mesa de formica pegajosa del Bar «La Frontera».

«Soy, era, asesino, un oficio delicado. Me ganaba la vida de forma honrada hasta que me hicieron aquel encargo. Eliminar a una desconocida, sin nombre, sólo su dirección y la forma de matarla. Lo habitual.

Ella se dio cuenta de que la observaba desde el edificio de enfrente, a través de las lamas de la persiana. Aquella noche no corrió las cortinas antes de quitarse el sujetador.

Me fue ganando la ansiedad y la excitación ante el espectáculo progresivo que fue revelándome su cuerpo. La tercera noche probé la sal de mi propio sudor mientras ella bajaba la tensa goma de su tanga negro. Alargué el encargo más de lo conveniente.

La última noche, la mano de ella resbaló por su piel, infinita, hasta descansar sobre el pubis. Cuando levantó la mirada para retarme, vio llegar la bala que le partió el corazón. Fue un trabajo fácil.

Hasta que descubrí la falta que me hacía la luz aguamarina de sus ojos y la sombra oscura de su cuerpo.

Y no consigo que este terremoto se calme».

20. Persiguiendo al diablo.

Declaración del presunto (Oleiros Nigrán):

«La muchacha tenía el diablo metido en el cuerpo, no me quedó otra. Llevo muchos años persiguiendo al diablo por el páramo. Sé bien lo que me hago.

Se lo dije a Doña Olga. Le ha dado posada al diablo Doña. La Aguabendita no tiene tal nombre por el don de sus zumos íntimos como usted cree Doña, más bien le viene por ser bañada durante los exorcismos, muchos, en dicho líquido.

Ella me lo pidió, aunque sería más acertado decir él, el mismo diablo. La Aguabendita era mala pensión para el maligno. Su natural gozador arruinaba todos los sufrimientos que el diablo le intentaba provocar. Ni el alma de la sujeta penaba, pues era a la buena fin: si enredaba el diablo se le amargaba el gesto y si crecía el disfrute se le despejaba la sonrisa. Pero sin mayores sufrimientos, ni retorceduras de miembros, ni levitaciones dolorosas, ni retortijones ni vómitos. A la buena fin, como sus andares.

Pero alguna tecla, algún cajón secreto tocaba el diablo porque la Aguabendita tenía la parroquia crecedera, que la tontuna humana es infinita, como los gilipollas y los rumores sobre su cercanía con el mal aventaban adoradores de todo tipo. Había quien notaba el aliento azufrado del satán en la misma punta del carajo, otros sentían un hielo en la columna durante la actividad jodedora, alguno apreció una boca helada dentro de la madriguera puteril y quedó convencido de que el diablo de cuerpo presente se la había chupado. Como se ve, una gavilla de sandios que tenían al endriago en un ¡ay!

—Sácame de aquí Oleiros, no aguanto más esta cueva de puta —me suplicó.

—Por eso le hice los cincuenta y ocho ojales, con vistas a que el diablo saliera de aquella penitencia. Así que no me cargue a mí esta muerta y persiga al diablo por el páramo. Ya estará buscando su reposo en el cuerpo de algún infeliz».

NOTA: No huele a azufre ni se nota frío en la estancia. Oleiros ha matado a la Aguabendita (Gloria en la vida) de la manera más cruel, no hay rincón de su cuerpo sin navajazo. ¿No será que el diablo es Oleiros? ¿O la misma Aguabendita? ¡Eso me falta, convertirme en un rondador de diablos! ¿Cuánta será la ignominia? ¿Cuánto tendré que penar?

Nilo Gaona. Secretario del Juzgado de Regueros.

21. Gangrena.

«El niño está desnudo encima del camastro metálico, sobre un revoltijo indescrptible de telas sucias. Las manchas de la maraña de lienzos y telas van desde el tiznajo de un negro profundo hasta el ámbar fulgurante de la huella de fluidos corporales. Sin embargo, las manchas que cubren el cuerpo del niño se gradúan en distintos tonos de marrón. Un jirón de sangre coagulada, de la calidad del alquitrán o la lava, ha resbalado desde el interior de las tiernas nalgas hasta la parte más suave de la corva.

El terror que ha vivido durante la semana de secuestro y profanación se percibe en el rictus de su boca y en los dedos engarfiados».

Hermilo, el secuestrador, viste solo una camisa rota, mal abrochada, al bies, y está desnudo de cintura para abajo. El sexo, amoratado, inflamado, se descuelga ya en paz. Mudo e involuntario. De vez en cuando musita: «No era yo. Buscadlo. A Oleiros. Encontradlo. No era yo»

En la pared perpendicular al camastro hay pintadas unas cruces rojas. El sol postrero les presta un tinte anaranjado, entre la irrealidad y la ensoñación.

Huele a ceniza y a metal. Ningún vestigio del olor de la inocencia y de la ternura que se han esfumado en las nalgas ultrajadas del niño.

Oleiros es un grito, una invocación. ¿Será Oleiros la gangrena de Hermilo?»

Nilo Gaona. Secretario del Juzgado de Regueros.

22. Bombi.

Ringo Bonavena llegó con la Feria, con la noria, con el Látigo Olímpico y el Teatro Chino de Manolita Chen. Con él llegó el ring al páramo.

Ringo había peleado dos veces con Joe Frazier y las dos lo envió a la lona. Así Ringo Bonavena, el lindo Natalio, llegó a ser campeón del mundo. Pero su momento cumbre lo alcanzó en el Madison contra Muhammad Alí. Cayó por tercera vez en el decimoquinto asalto y el moreno lo ganó por K.O. técnico.

Después, la cuesta abajo conocida mil veces. Y al final, peleas por unas bolsas raquílicas, como perdedor fijo en los primeros combates de los chavales que prometían. El dolor, la miseria y las esperanzas perdidas en los albañales de la edad.

La carpa, blanca y roja, se llenaba todas las noches. El público, vocinglero, asistía a una ceremonia repetida: Ringo Bonavena desencuadraba los huesos de los paisanos que saltaban al cuadrilátero con ánimo de zurrar a aquel fantoche y ganar la bolsa que iba creciendo con el dinero de otros incautos que lo habían intentado antes.

El pugilato era poco plástico, algunas veces, por la estampa que componían los contendientes, hasta chusco. La escenografía era pobre, escasa la iluminación. Un foco solitario iluminaba el contoneo de la chica que paseaba el cartel con el número del asalto. La algarabía aumentaba en el momento efímero en el que la chica circunvalaba el cuadrilátero a caderazos. No estaba privada de curvas y pareciera que el cartógrafo supremo había puesto en demasía

volúmenes y concavidades. La vestimenta escasa prometía sin llegar a la ofrenda total y ese era el argumento de los aficionados. «¡Fuera tela! ¡Que las enseñe La Bombi» eran las voces más abundantes. Ringo se quejó del griterío bárbaro. «Así es imposible, ni los oigo venir. Alguna vez fracasaremos». La voz, dulce y algo infantil, de la chica se impuso a la queja: "yo puedo hacer callar a ese batallón de bestias».

La velada se desarrollaba como cada noche. El combate estelar era entre Ringo Bonavena y el Rojo de Malabá, un energúmeno lleno de músculos y escaso de buenas ideas. Esta vez el foco no iluminaba el ring.

Desde el fondo de la carpa, un haz de luz neblinosa hizo aparecer a la chica del cartel. Su vestuario era diferente: una pieza escueta arriba y una falda de gasa con una abertura lateral. Un silencio ajeno a la costumbre llenó la carpa. Una música circular, contumaz, cada vez más rápida, sonó desde un tocadiscos. Al momento, La Bombi inició una danza singular. Una explosión de carne rosada impregnó la carpa de una fragancia viscosa y cálida. La música aumentó su ritmo al compás de las caderas que se movían en círculos. El ombligo, un paréntesis perfecto, parecía ser el epicentro de aquel seísmo. Los flecos que colgaban de las gasas medían el temblor de la danza, caían desde la suavidad de los senos velados y flagelaban el vientre tenso como un redoble de tambor. Los círculos que describían las caderas se fueron cerrando hasta simular los vaivenes de un acto carnal desafortunado. Al final de la danza, el sudor tatuaba las gasas en el cuerpo de la bailarina. El público se quedó sin aliento. Mudo.

Ringo machacó al infeliz en silencio claustral. Después de la conmoción de las carnes en erupción de La Bombi, el ruido opaco de los golpes y la carne magullada no lograron que el público dijera nada. Asistían a los combates como cardenales en un cónclave.

La Bombi acabó la Feria del brazo de Conforte, el jefe de todos los negocios prohibidos del páramo. También terminó tatuada en el corazón de nardo de Ringo Bonavena. Luego se sabría que esto no fue bueno para la vida de Ringo.

23. Cubana.

Isacio nos contó que se acostaba con su tía la Cubana de sopetón, sin venir a cuento, mientras nos bañábamos en la alberca de la Huerta del Maestro.

—Me enrosco como un látigo en su cintura —evocó Isacio.

La Cubana era un fruto deseado e inalcanzable. Sueños y masturbaciones. Su altanería de pechos, la firmeza de sus ancas y un aroma mareante, dulzón y caliente nos mantenían en un continuo desasosiego, en un penar perpetuo.

«Yo, por una hembra así, me hacía del Tercio» proponía todo ardor guerrero Quinito, el nieto del practicante. «Como mi abuelo Joaquín».

Conocidos los horarios y los rumbos de la Cubana, nos congregábamos en la plaza y en las calles por las que pasaba ese trueno de mujer. Una mirada o un trozo de carne entrevista eran un trofeo que se exhibía con el orgullo de un legado y se guardaba en lo más íntimo: entre la fiebre, la emoción del primer deseo y las arrugas insomnes de las sábanas.

El tiempo tapaba el acné con los nacientes fríos de la vida. El sabor acre de las desilusiones, de los primeros fracasos, desalojaba el sabor a fresa de los chicles Bazoka.

A Isacio lo sacaron los camilleros de la Cruz Roja, una mano le arrastraba, inerme, por la tierra parduzca del callejón. A la madre de Isacio le tuvieron que poner una inyección para dormir porque perdió los nervios y se arrancaba el pelo, se arañaba la cara con desesperación. El padre se quedó solo, en la puerta, mirando lejos, sin pestañear. No había vida en él.

—Y ella ¿dónde está? —preguntábamos sin destinatario.

—Dicen que se ha ido a lo de Doña Olga.

Cabizbajos asistíamos a la llegada del otoño al páramo. El viento hacía rodar los hierbajos por las afueras. Del horizonte se descolgaban las primeras nubes que dejarían al páramo tiritando.

—Isacio le quitó las pastillas a su madre y se encamó con la Cubana para morir a su lado. Fue la Cubana la que le hizo vomitar y llamó a la Policía —informó Quinito.

La Cubana había dejado de ser inalcanzable para nosotros gracias a que se había elevado a los altares de lo de Doña Olga. Nuestros sueños cobraron, por fin, fecha de cumplimiento.

El sacrificio de Isacio no había sido en vano. Santo súbito.

24. Squirt.

El primero fue un barbero virtuoso de la bandurria. D. Benigno logró salvarlo y pudo seguir tañendo. Cuando terminó de sanar al barbero, hizo un diagnóstico que a Doña Olga no la dejó tranquila. «La Mediamisa mana como una fuente. Lo nunca visto, un pandemonio».

Le puse como condición a Doña Olga que mi papel sería el de observador. Nunca me encamaría con la del chorro.

La Mediamisa había llegado muy recomendada desde Codesal, con aires de misterio y grandes ojeras, una piel nacarada y luminosa que servía como faro para que todos los varones descarriados del páramo llegaran al puerto tormentoso de la entretenida.

El peligro empezó cuando Lázaro Nistal amaneció desnudo y muerto en un callejón. Las autoridades no lograron explicar el suceso que quedó, amenazante, suspendido en el tiempo. Después del tercer muerto desnudo, Doña Olga llamó a La Mediamisa «¿Los matas tú o se te mueren en el horcate?». La muchacha lloró, se escondió detrás de la casualidad y juró, entre hipidos, que no era nada suyo ni de su cuerpo lo que había provocado los decesos.

Doña Olga no pudo más cuando la suma de los muertos escamosos llegó a cinco y tuvo la seguridad de que no habría olvido posible.

Preparamos la habitación del fondo con un agujero para que tuviera cumplida cuenta de las maniobras de la coima.

Sin que mediara arte o maniobra excelsa, La Aguabendita cobró un aspecto húmedo, trastornado; los movimientos de sus caderas llegaron a la violencia y los golpes que propinaba a su vagina, con la palma de la mano, sonaban como chasquidos de madera ardiendo. Un último impulso más violento que ninguno descabalgó al galán de forma que dio con sus huesos en un rincón alejado del tálamo pecador. Allí no le alcanzó el torrente que despidió La Mediamisa hasta la pared frontera. Entre alaridos y una agitación que fue muriendo entre las caderas de la chica, se terminó el fenómeno.

Doña Olga no quiso que nadie interviniera. «El misterio es el padre de la tranquilidad». El líquido transparente enseguida fraguó como si fuera goma arábica. Tuvimos que despegarlo del suelo con herramientas de alarife.

—Llama a Oleiros. Esta puta está podrida. El torrente no es una virtud que estimule a los parroquianos. Los mata. El engrudo que suelta la hideputa los asfixia, les taponan los poros y los orificios y les roba la vida. Condénala a Cuaresma, que no vea varón y que Oleiros se ocupe de ella —sentenció la madame del páramo.

25. El Cuco.

El Cuco era pelirrojo, pecoso y un poco cojo. Según la Lúa, era un poeta sin horario ni calendario. «Cuando el Cuco me recita poesías con esa voz grave y rasposa se me afloja el cuerpo y se me engrasan las ingles».

La Lúa se llamaba Eulalia Vaquero y el Cuco la vio una tarde ingresando en lo de Doña Olga. La zancada morena y de estilete agudísimo. Las piernas de pantera que sí que no, entrevistas a través de las cuchilladas de la falda. El playazo despejado de su escote, los pezones como faros de Alejandría. No se lo pensó el Cuco. Utilizó sabiduría y armas que dejaron a la Lúa inerte en su abrazo solar.

El Cuco avasallaba a la Lúa con susurros revestidos de un tejido antiguo. «Mileidi, habrá juntas más rosas que en todo el mes de mayo el día que me quieras». La Lúa fue avisada por uno de los matones de Conforte, el dueño de cualquier cosa que diera dinero en el páramo. «Despide al cojitranco. El amo no comparte cuadra para su potro». Así supo que la tragedia presentida en lo más oscuro de la voz del Cuco se aproximaba.

Doña Olga fue sensible con el desespero de la Lúa. Y expeditiva como era costumbre en su negocio, «Hay que cortar por la raíz. Ayuda al Cuco».

Al sátrapa le dio pasaporte con una navaja de capar cerdos. Lo destazó como a un becerro. A mí, que hacía vigilancia, me dijo: «andando, éste ya ha dejado de hacer el cabrón». La voz del Cuco sonó más oscura que nunca.

La Lúa pudo seguir ejerciendo en lo de Doña Olga y abandonando su alma a los ásperos susurros del Cuco. Eternamente.

26. Tótem o custodia.

Decía que vinieron los alemanes pero no lo encontraron. ¿Verdad, Doña Olga?

Los comentarios llegaban, al parecer, a todos los rincones del mundo conocido.

Se fueron aburridos. Hicieron buen gasto en el negocio. Aunque eran raros para las muchachas, sólo admitían a las caballunas, a las de esqueleto nórdico. La Ingri y La Marlén nos salvaron de aquella pandilla.

Lorencete Navajas tenía una dotación fuera de lo común, ya quedó referido. Y, si pudo esconderla de los arios, no fue así con Joe Conforte.

Conforte se ha encaprichado de la minga de Lorencete. la Lúa le ha dado razones y él le ha dicho que la va a guardar en un frasco de unguento para aprovechar el beneficio.

A Lorencete se le estrechó el páramo y la sangre no le llegaba a la herramienta. Sabía que Conforte no iba a parar hasta cumplir su capricho. Se veía despenado, no había tutía cuando Conforte andaba por medio.

Doña Olga, después de examinar las gracias de Lorencete, dictó su veredicto: “es como la de un garañón”.

La alarma cundió entre las chicas porque Lorencete suponía una ayuda en algunos negocios especiales. Su espléndido cipote presidía, como una magnífica custodia, la antiquísima liturgia de la jodienda.

Cuentan que el cacho de carne momificado del pollino, es venerado por tierras sicilianas como un tótem del poder omnívoro de Conforte. La confusión ha ido aumentando con el tiempo y los jóvenes afirman que el bastón carnal es el legado que Conforte ha dejado a las nuevas generaciones.

27. Ava errante.

A Doña Olga le pareció la mujer más bella del mundo. «Nunca nadie ha visto un animal más hermoso. Estoy segura». La señora admiraba el incendio rojo de su melena y de su pubis, la gravidez geométrica de las tetas y la tensión redondeada del vientre de Ava mientras dormía en la habitación más secreta del negocio.

Hacía una semana que Rivas la había traído en su taxi desde la capital. Contó que era el hombre con más suerte de la tierra. «Si lo cuento nadie me va a creer». Mantenía Rivas que en varias ocasiones le había pedido que la acompañara a su lecho. «Para quitarse el miedo que le dan las camas vacías. Después de tres meneos se duerme como una gata».

Cuando el sol se escondía, aparecía Ava deslumbrante, y paseaba su esplendor por el lobby. Bebía con los clientes, hablaba con las chicas y seducía hasta al aire pesado de humos y pasiones destiladas durante siglos.

El torero la entretenía y se cruzaban apuestas sobre si Ava había muerto de amor por el bello Mario o, en realidad, ni sabía el nombre del galán, adormecida entre los algodones de la eterna borrachera.

Sus acuestes eran escandalosos y violentos, aunque no extrañaban entre los que se daban a diario en lo de Doña Olga.

Los sabuesos enviados por Franky empezaron a ventear el rastro de la pareja. El torero le cantaba baladas en inglés durante los ratos de descanso, cuando Ava yacía muerta de las petites mortes repetidas hasta la extenuación. «Me canso porque joder es un deporte exigente».

El refugio fue inexpugnable hasta que los americanos desembarcaron en el páramo con muchas maletas y coches muy largos. Franky cerró lo de Doña Olga una noche, no le fue permitido más porque el negocio tenía una ética.

Inundó la casa de botellas de Coca-Cola que acabaron por arrinconar la zarzaparrilla y el vino con sifón. Ava recibió un collar de esmeraldas del tamaño de los mantecados del horno de la Jerónima.

El páramo ardió con las peleas y los encuentros de aquella pareja ingobernable. Ni las esmeraldas ni el acuerdo de fecha para la boda cambiaron las costumbres de Ava. El torero volvió a aparecer, las borracheras no cesaron y el esplendor de Ava tampoco menguaba.

Ava volvió, años después, ya separada de Franky, con otros toreros, con otros taxistas. Siempre con la misma belleza animal. Incontrolable.

28. El campeón de las mujeres.

Si no hubiera existido Antea, Nicéforo no estaría criando verdín en su huesa.

Si Nicéforo no hubiera sido tan sumamente cabrón, habría hecho carrera en el negocio.

Nicéforo invitaba a la parroquia del Bar «La Frontera» a unos dry martini por darse el gusto de ver la cara que ponía lo más regio de la chusma de Regueros ante el brebaje.

—Sabe lo mismo que el petrolio para los hornillos —se quejaba el gitano Juanillo.

Toda la Frontera aplaudía a Nicéforo cuando correspondía al halago. «A la vida generosa hay que pagarle con la misma moneda». Luego paseaba sus ojos de águila por la concurrencia hasta que elegía a la «reina de mi noche». Casi siempre una chiquilla con menos edad que hambre, deslumbrada como un conejo por los faros de falso galán de Nicéforo. Cuando de la doncella no quedaba mas que un alma dolorida y un pellejo exprimido por el hastío de las ocupaciones incontables con la chusma, tan amada por Nicéforo, la abandonaba en cualquier quintería llena de menestrales ávidos.

Mientras, también se encargaba de arreglar asuntos que necesitaban ajustes o apaños para que el mundo siguiera girando sin salirse de su eje.

Enero llegó con insolencias de hielo y con el encargo de mudar de barrio a Salvador Cortés, un gitano de tronío, catador de payas y desvirgador pertinaz. Hasta que se llevó por delante el virgo de Angelines, la hija del médico.

Se agazapó Nicéforo en los rastros escarchados, merodeó las cercanías de los dominios del clan Cortés y se alimentó de los mendrugos de pan que el clan despreciaba en el vertedero. En su aproximación a la presa, Nicéforo fue descabalgado de su caballo por la belleza conmovedora de Antea, una de las hijas de Salvador Cortés.

«Y yo estoy muerto, sí, como una tierna rosa, o una gacela en la llanura, como un agua redonda en la cisterna o un perro de amarilla dentadura».

Pasó lo que tenía que pasar, como pasan las noches y los días, de manera inexorable, sin remedio.

Antea tampoco tuvo muchas dudas. La sangre de su padre muerto exigía la de Nicéforo y la hizo brotar a borbotones.

«Por la garganta me sube un río de sangre fresco, de la herida que atraviesa de parte a parte mi cuerpo».

Todo el clan Cortés aprobó el gesto de Antea y Nicéforo apareció en la puerta de lo de Doña Olga con cuatro ojales carmesí: en el corazón, pétreo; en el ombligo, alacrán y otro en cada una de sus ingles pecadoras.

Para evitar futuros imprevistos, también lo sepulté en la Calera.

29. Tinta invisible.

Don Pablo dijo que era «alta, piel de café, ojos de ébano y piernas de paraíso». Quiso retratarla en alguno de sus lienzos poliédricos y ella se escapó como una anguila bajo la tarde lluviosa de la Provenza.

Don Ernesto dijo que era «la mujer más sensacional que he besado». Demasiado ruido para tan pocas nueces; días de fiesta y noches aletargadas por el alcohol. ¡Despedido! Cualquier guerra lo salvaría de sí mismo.

—Olguita, ¿te acuerdas? ¡Qué jóvenes! —evocaba la Venus.

—No saques el tiempo a pasear. Es un mal bailarín. Tenías teticas de cabra negra y la piel reluciente como el betún —Doña Olga recordaba tres décadas en un instante.

Salía al escenario como disparada por un cañón, poseída por un paroxismo febril. Una cinta ciñendo su melena corta, varonil y negra, y hasta la cintura, un solar desnudo de carne jugosa, de tinta invisible. Una faldilla de falsos plátanos como única celosía de un abismo oscurecido hasta la desaparición.

Se agitaba con furia, como quien proclama toda la sed de justicia de su raza. Terminaba gateando, exponiendo su culo de gacela para que el público enloqueciera cada noche. El charlestón elevado al deslumbramiento.

—Lo mejor vino con la guerra Olguita. Tú saliste huyendo. Yo pude cumplir mi sueño: aniquilar a los abusadores. Toda su soberbia, toda su altanería se deshacía entre mi piel y el amanecer. Ahora quiero reaparecer para celebrar que hace cincuenta años el público me espera cada noche para que luzca mi tinta negra, mi tinta invisible —prometía la Venus.

Doña Olga animaba el ánimo agotado de Josephine Baker, la Venus Negra. No pudo celebrar el medio siglo más agitado, más enervante y más bello. Un atardecer, mientras contaba a las chicas cómo había conseguido que un bellissimo italiano le entregara el libro de códigos del ejército nazi, se sumió en el sueño y ya no volvió para enloquecer al público sobrecogido por la explosión de una esencia que venía de lo más oscuro de su sexo.

El origen de la vida.

30. Madre Doña Olga.

Casi nadie lo sabía. Doña Olga tuvo un hijo. Fue una triste aventura con un canónigo lacio que consiguió sacar a Doña Olga de su negocio y llevarla a una pensión discreta del barrio de Las Huertas. Se convenció de que podía convertirse en mantenida, casi abadesa, dada la misión eclesial del cónyuge, y vivir una existencia tranquila, alejada de los ajetreos puteriles del negocio. El niño suponía, según Doña Olga, un anclaje irresistible para el clérigo.

Ni un año aguantó el ancla. El canónigo consiguió otra canonjía con más renta y sin obligaciones de crianza. A Doña Olga la situación se le volvió un gólgota insufrible. De vuelta al negocio, la criatura le parecía el mayor error de su vida.

—Mamón, engendro de un cura cojo y de la putísima que lo parió, orejas en luna llena, pies de lobo y garras de águila. Aliento fétido y bizco como el diablo que te trajo. Llévatelo, haz lo que quieras con él —explotó la suripanta.

El farmacéutico de Albardial, cliente de miércoles, se hizo cargo del bebé. Su mujer agradecería la adopción, ya que languidecía entre matraces y retortas en la rebotica. «Se está quedando sin bríos, sin pasión. La criatura le limpiará los pensamientos adocenados».

Leovino creció de forma natural, como una hierba del campo, bajo la advocación de una matrona pulposa y bizcochona. Las blanduras dieron en una criatura que tenía los sueños imposibles y el porte relamido.

Siempre quiso ser lo que no fue y fue lo que estaba en las cunetas de la vida: soñó con ser un cirujano frío y preciso, y se convirtió en el mayor traficante de penicilina del páramo. Fue relojero por ingeniero; utillero por ariete; putero por pornógrafo; monaguillo por obispo y mancebo por boticario. Tenía los sueños imposibles y el porte relamido.

Se lo dijo la Marlén al final del acto, «Leo, estírate, que pareces un gazapo asustado y así no es posible el goce, vida». Pero Leovino no se estiraba ni en el ínterin del gusto.

Los deseos imposibles y el porte relamido. Todo lo contrario que Doña Olga; sus deseos eran órdenes y el porte, el de una emperatriz.

Mamá Doña Olga, ¡qué asunto!

31. Fiat. Hágase en mí según tu palabra.

Se hizo lo que se pudo. Hasta el final.

La Betibú, y fue lo más raro, concedió, lo convirtió en su sirviente. Sin costumbre en las artes del marqués, la Betibú no lo hizo para el manejo de los látigos y las complicadas orfebrerías de las cuerdas.

El Agrimensor fue adquiriendo un color pajizo que no casaba con sus peregrinajes bajo el sol por los pedregales del páramo. Medir la devastación, encargo de Conforte, se le fue clavando en el ánimo. La misión suponía medir y expropiar a las gentes más débiles y desamparadas. Los matones de Conforte se encargaban de los desmanes y también de ayudar al Agrimensor. Si el ánimo le decayó, por lo indigno de la tarea, la salud le fue menguando por la violencia indudable de las expropiaciones, que dejaron un reguero de desheredados en los rincones más míseros de aquella geografía.

Sólo se distraía en lo de Doña Olga. Le venía otro color a la cara. Otra disposición. Las muchachas limaban las asperezas de las maneras de los hampones. La luz cálida de sus cuerpos calentaba el alma helada del Agrimensor. Esta regalía fue provocando una tendencia a procurarles servicios y atenciones materiales o de otra índole. Empezó limpiando los restos de las ceremonias entre una ocupación y otra. Tan afanoso, tan entregado, que lo asignamos en exclusiva a la Betibú, por la que sentía una veneración ciega.

El Agrimensor pasa las noches en el cuarto de la coima, lo tiene ventilado, lo perfuma para que ella no perciba ningún olor bastardo de la clientela agreste. La espera, sigiloso, hasta que ella llega, gacela suntuosa, preparada para la orgía. Él se retira atento en el pasillo de los cuartos del pecado al latido de la Betibú. Por si gime, por si se queja, por si el crujir es mobiliario, por si suspira o algún golpe altera la costumbre.

Su anhelo y su martirio es que algún día la Betibú lo escoja.

32. Pasión y la Colorá.

La talla policromada soportaba todo el humo de la candelera sin inmutarse. El olor dulzón de la cera quemada ascendía en volutas salomónicas al cielo pretendido por los penitentes solemnes y las manolas enlutadas. Las perlas iluminaban los escotes levantiscos de toda la fila de manolas (nunca supe por qué se llamaban así, pero nunca hubo un nombre más adecuado a los vuelos de mi imaginación). Una ola de murmullos rompía desde el fondo de la procesión, al mismo tiempo que una marea de olor en sazón conmovía a los asistentes.

Una manola de melena pelirroja, poitrine de mascarón de proa y muslos rotundos como columnas toscanas era el origen del olor y los murmullos. Un frufrú de medias negras acompañaba su caminar. El roce de sus muslos sacaba un sonido oscuro, negro como una soleá. La falda se había ido subiendo hasta liberar una franja pícara de carne blanquísima, nácar expuesto. La Colorá, una chica de Doña Olga, cumplía su papel de cada viernes santo transformando su cuerpo en un acontecimiento pérfido.

Solo yo, que era el más pequeño entre los espectadores, observaba el verdadero milagro del viernes santo: la talla policromada, entre crujidos de maderas, había desarrollado una erección de palmo y medio. Gloria in excelsis deo.

33. Vino amargo.

El Jaro Canela camina con la cabeza erguida y el cuerpo tenso como la cuerda de un arco. El pelo brillante, el rostro huido y la mirada colgando del abismo de su espanto. Las manos esposadas a la espalda, tintas en sangre. Tironea de las garras de los guardias, cada vez con menos violencia, animal rendido. Un rugido gemido borbotea en su garganta.

Se muere la madrugada entre vino amargo y corazones desbocados. Despierta el día dando luz a la tragedia. El Calerito con las entrañas fuera, en un charco de sangre que, cuajado, parece una mancha de gasoil. El Jaro Canela lo ha eviscerado, la navaja ha brillado veloz y de un tajo soberano ha abierto el vientre de El Calerito.

El vinazo hombruno amarga en las gargantas de los majos. También acelera los pulsos y agranda la valentía. El Calerito y sus comparsas vienen de un día largo en el que ha habido vino para inundar un pueblo chico, comistrajos y cafés con hielo que le dan caché a la juerga. Entrada la noche, rones y gines con espumantes.

Cuando El Calerito entra en el Bar «La Frontera» lleva en el riego de las venas mitad sangre y mitad alcohol. Le amarga la boca igual que la obsesión por la Habanera le amarga el alma. Desde que la vio, morena, ceñida en licras y encajes, la curva del pecho elevada como una plegaria y el pozo del ombligo fragante de higuera, la desea como al maná; la sueña, y si tiene los ojos abiertos, derrama dos lágrimas como cuentas de rosario. Sabe que ni pagando. La Habanera se reserva para varones con los bolsillos mejor provistos.

—Ustedes no saben lo que es una hembra así —chulea el Jaro Canela.

—No señor, lleva usted mucha razón —concede el Chepa, porque los clientes siempre la tienen.

Y con las manos traza el dibujo lúbrico que todos los barcos varados del Bar «La Frontera» quisieran navegar.

El Calerito, corazón desangrado, oído atento, explota: «que no te vea con ella porque te parto el alma, cabrón».

—No tienes categoría, ni dinero, ni hombría bastante para respirar el mismo aire que La Habanera. Durmiendo la he dejado, con todos los líquidos secos después de trajinar la noche entera. - arrolla el Jaro el orgullo del Calerito.

Refulgen los filos y suenan los muelles de las facas. Antes de un suspiro, el Calerito está con las tripas fuera.

Los majos reculan ante el Jaro Canela que ve amanecer en el brillo azulado de los intestinos del Calerito.

34. Cuatro esquinitas.

«La niña mayor estaba apartada de la casa, debajo de un algarrobo raquítico. El misterio, desde el principio, fue muy novelero: el aire de la casa viciado hasta el extremo de matar a los más débiles, una antigua maldición que provocaba la muerte de los hijos más pequeños, un monstruo asesino de niños que tiene fijeza en esa casa... Mucho cine para un sitio tan pobre y poco vistoso.

Para indagar en mis sospechas me he acercado a la muchacha con un vaso de Mirinda en la mano. Cuando se lo he ofrecido, he simulado echar algo dentro, unos polvos o una gragea en el líquido. Lo ha rechazado por sí "también le ha puesto bolitas malas al refresco».

Un cielo despiadado, descolorido, ha sido testigo del horror. «Las bolitas las hacía con el unto para sacar brillo a la cubertería buena y con los polvos que les pone mi padre a las ratas».

La madre de la muchacha no había dejado de parir ningún año y la niña se había convertido en la esclava de la familia. «Se dormían y ya no se despertaban, ni siquiera en el Hospital. Ahora puedo ir al colegio y jugar con mis amigas».

No hay luz en la vida de esta muchacha que ha envenenado a cuatro de sus hermanos más pequeños. Ni una brizna de claridad en su alma.

«He colgado un papel con el nombre de cada uno en las esquinas de mi cama. Antes de dormirme les canto la canción de cuatro angelitos. Les gustaba mucho».

Oscuridad total. Y yo acompañado de ella"

Nilo Gaona. Secretario del Juzgado de Regueros.

35. Exorcismo minimun.

El padre Fortaleza vestía traje talar negro zaíno. Sólo el desgarrón del alzacuellos esclarecía algo su tenebrosa estampa. El brillo de su calva amplísima, sin embargo, le confería un cierto desenfado que rozaba la comicidad. Mala cosa para su negocio. Seguro.

La Culoimperio había vomitado, girado la cabeza, levitado y expelido por los agujeros de su cuerpo, materiales de notable factura y olor. Pero que hablara una lengua desconocida que sonaba a jerigonza de beduinos, empujó a Doña Olga a recurrir a la iglesia.

Fortaleza asperjó el dormitorio con profusión de agua gregoriana. Relucía el cadenón del cristo crucificado reposando en la pechera sosegada del preste. Doña Olga, La Ingri y La Cubana, arrodilladas, rezaban con fervor comprometido. La Culoimperio regaló una panorámica de su nombre al padre Fortaleza, que vio cómo naufragaba su fe en la sede imperial del culo más excelso que el páramo cobijara.

De «Te conjuro Satanás, príncipe de este mundo; aleja a los tentadores de esta ciudad; golpeo los poderes del averno; te exorcizo, Serpiente Antigua», pasamos más de dos horas que sólo provocaron que La Culoimperio hablara aquel galimatías en el que se repetía "tamai na u", con un ritmo hipnótico, como un misterio del rosario. Aquello aflojó al padre Fortaleza que recogió los trastos de su oficio y mandó callar al coro de orantes.

«Esta mujer no está poseída. Ocurre que es políglota. Eso que habla es tamil». Salió, solemne, por el salón abarrotado de parroquianos, suyos y nuestros.

Antes que tranquilizarse, Doña Olga se enfureció. Los vómitos, las secreciones y otras manifestaciones corporales eran pura guarrería, dejadez y molicie de La Culoimperio. Supimos que el tamil lo había aprendido en Albardial, cuando una cuadrilla de hindúes la escogió para sus desahogos en un temporal que los detuvo en la pensión de extramuros durante veinte días.

«Te vas por pendona y culera. Aléjate de aquí cincuenta leguas y habla con las liebres esa lengua de infieles». Doña Olga no tuvo misericordia.

Adiós a La Culoimperio.

36. Sepulturero.

Al entierro de Orosia Frías no asistió nadie. Todo lo que pasó cerca de su vida, feneció, sufrió daño, se marchitó o acabó en tragedia. Nadie pudo demostrar que hubiera intervenido en alguno de los sucesos que marcaron su vida.

Sus padres murieron en el incendio inexplicable de La Blanca. El mayor aguacero que se recuerda no impidió que todo ardiera. Menos Orosia.

El primero de los tres maridos que tuvo Orosia Frías se arrojó por la borda del Olímpic después de la noche de bodas. El último vistió a los hijos con sayo y capirote, y después de hacerlos procesionar por la paramera los despeñó en el barranco más hondo. Quería limpiar el alma negra de Orosia ofreciendo en sacrificio lo que más quería.

Enfermedades en las que Orosia refulgía por su abnegación. Accidentes catastróficos. Familiares de variados grados perjudicados por alguna desgracia. Impedidos o postrados. Convertida en matriarca, hizo y deshizo en las vidas y corazones de la familia hasta el límite del terror. No había allegado que no temiera algo de Orosia. Las muertes y calamidades ejercían de dique para Orosia y lograban la resignación de todos los damnificados. Quien intentó romper la cárcel de miedo tuvo algún percance de consecuencias fatales. La pérdida era enorme: la vida, la razón, la valía física. El reguero de tullidos y dementes alrededor de Orosia Frías formaba un ejército desvalido y tristísimo. Hasta que Orosia se quedó sola en La Blanca. Nadie más que la aya Ignacia, arrugada, consumida como una rama seca, estéril, fue capaz de acompañar a Orosia en esa huida hacia la soledad, hacia un banquete perpetuo de amargura y espíritus desvalidos.

Orosia llegó a mí llevada por la aya en un carromato quejumbroso, y en la puerta del depósito la despidió: vete al diablo, pobre niña Orosia, y no vuelvas. La anciana me dejó a solas, como yo esperaba.

La velé toda la noche y ungué su cuerpo con los mejores aceites. Tenía la piel como el alma: negra. El fuego también la había alcanzado a ella. Desde las clavículas hasta las corvas la piel era como de cuero cuarteado, con la negrura del ónice, lujosa, de una belleza sobrecogedora. Un légamo negro cubrió el suelo del depósito. La enterré al amanecer, sintiendo que hasta la tierra la rechazaba.

Maldita Orosia Frías.

37. Bolero.

La nada y el azar los habían juntado. Eran cuatro y llegaron metidos en juerga.

Angelito el Guapo se dejaba caer algunas noches por lo de Doña Olga para ocuparse con la Higoduz. Era un chisgarabís con más fachada que corral. Poco parné y mucha brillantina.

Requejo era escribiente en la lonja de Marrero. No tenía ni media hostia, pero el tipo era bronco y malencarado como si tuviera más fuerza que Urtain. Requejo no se encamaba con ninguna muchacha porque su cuerpo y su alma eran de Celina, la cajera de la lonja que olía a santidad y a incienso y a coño sin estrenar.

Solera tenía voz de sochantre de catedral y el cuerpo generoso. Hablaba con teatral prosopopeya y cantaba boleros con mucho sentimiento. No sabía quién era su padre y no recordaba haber tenido madre. No frecuentaba el gremio de la ingle, por si acaso.

Arquisio había saltado una tisis y muchas bardas ajenas huyendo de maridos burlados. Su afición era la carne vedada y la que había en lo de Doña Olga era la más consentida del páramo. Así que Arquisio tampoco era parroquiano del negocio.

Llegaron alborotando, vocingleros, cargados de razón y de cubalibres. Los winston humeando en la comisura.

Requejo ordenó «cubalibres sin miseria». El gesto esquinado y torvo del jaque tuvo efecto, y la barra se llenó de bebibles y tapeo menudo.

Estrújame la raja de limón- ordenó al camarero.

En estos andurriales no entienden de coctelería.

Arquisio ventaba el aire como un podenco. Miraba sin interés el ir y venir de las muchachas. Encendía un pito con otro y escupía por el colmillo dorado.

Un aperitivo más serio es lo que necesitamos. Mucho líquido y poco condumio- valoraba Arquisio.

Unos tacos de jamón gordos y brillantes como rubíes calmaron los estómagos estragados por el trasiego de espirituosos.

La Higoduz se dejó caer en el grupo, por si Angelito el Guapo quería dormida. Derrochó mohínes, desveló cachea. Consiguió que Requejo enfriara las ganas del Guapo y la despidiera con sermón de obispo irredento.

Celibato, virtud y decoro, señorita, es lo que su cuerpo requiere.

La Higoduz recogió velas, soltó amarras y naufragó en la galerna desatada por Requejo.

Solera, ufano y simpático, se dispuso a narrar sus hazañas de vivales. La entonación adecuada a los sucesos, a las pausas, a las emociones. La voz untuosa, radiofónica. El cuento salpicado de términos futbolísticos.

Le arranqué el sujetador y se quedó fuera de juego.

Coreaba y asentía la cuadrilla de perdularios. La voz, gótica, se adentró en terrenos frondosos,

oscuros.

Las medias, de rejilla, sin duda. La lencería negra y breve.

Asentían más y coreaban con fervor.

Arquisio vomitó un exabrupto.

—Entiendes de cosas de maricones, Solera. Tú sabrás.

Se tensó la juega, se erizaron los ánimos y se aguzaron las intenciones. El olor amargo de las madrugadas se evaporaba con las primeras luces y el aire fresco de la mañana.

—Creo que voy a buscar a la Reme —Angelito el Guapo ya tenía tantas horas de secreto meloso de la Higoduz como para llamarla por su nombre civil.

Solera, burlón, empezó un bolero.

Yo estoy obsesionado contigo y el mundo es testigo de mi frenesí.

Se compuso la mañana, se rompió la comparsa.

El bolero fue saltando de barda en barda, como Arquisio.

38. Penicilina.

El auge de la tienda llegó cuando Leovino se hizo cargo de la concesión de la línea que iba hasta Albardial. Fue el boca a boca lo que hizo que tuviera que contratar un mancebo para aumentar el horario hasta la medianoche. Los asiduos pasaban a recoger la mercancía a horas tardías. La discreción aconsejaba disimulo y secreto.

Leovino conseguía la penicilina de un alemán predilecto del Tercer Reich. Viajaba lentamente por los caminos del páramo evitando la tragedia de que los frasquitos sufrieran algún descalabro.

El caso es que el negocio lo notó. La clientela crecía por la fijeza en la ocupación. Al no haber convalecencias de purgaciones, no había marras. Por una vez, a Doña Olga le resolvían un asunto sin que ella lo ordenara.

Ocurrió que por aquel tiempo, Libia la Royal empeoró de su mal de pecho, y una palidez de difunta fue velando su belleza de zarina. Y serían esos méritos los que hicieron que el medroso catedrático de francés D. Eutimio Centella se enamorara de la Royal como un becerro.

El tiempo se iba en la espuma de los días y las purgaciones se diluían en los vapores de la penicilina. Leovino veía prosperar el negocio y Doña Olga pudo ocupar su alma en ejercicios espirituales. La Royal empeoraba y palidecía. Eutimio Centella resolvía la salud de la bella y la zozobra de su corazón con un manantial de penicilina.

Al cabo, la costumbre aumentó la parroquia de Leovino y el medicamento fue escaso para la demanda. Con la escasez, la Royal empeoró hasta lucir translúcida.

Doña Olga no se asombró con el suceso, más bien se le conmovió el corazón. El mancebo de Leovino, al abrir la tienda por la mañana, la descubrió muy desordenada, y la caja de los viales de penicilina, vacía. Lo más chusco es que se sabía quién era el ladrón. Había dejado olvidada su cartera con los textos en francés. «El desgraciado también ha olvidado la bufanda. Es un alma en pena».

El análisis del problema y su solución fueron rápidos y tajantes, ad úsum.

«Leovino la vende, pero tú se la traes, apáñate con el nazi. A ver si les quitamos las purgaciones a este hatajo de infieles y le devolvemos la salud a la Royal, si no al pobre Eutimio se le secará el corazón».

Con el nazi no hubo problema, después de pasar una semana en el calor tropical de la Bombi, aumentó la asignación a Leovino hasta cubrir la demanda de la purgativa y la cantidad que Eutimio necesitaba para que la Royal no se le fuera en fiebres y palídeces.

Los negocios funcionaban. El corazón del catedrático florecía con el arrebol carmesí de las mejillas de la Royal.

Doña Olga, perita en blanduras del corazón. ¡Habrased visto!

39. Bestial e imperio.

Doña Olga se convenció de que lo suyo había llegado a la categoría de Imperio. En la soledad abrasadora de su enorme poder, concluyó que debía mostrarlo al páramo de forma que hasta Salsillas lo entendiera sin pensar, vamos, en su estado habitual.

Llegó al negocio un transporte singular: la espadaña del reloj del ayuntamiento de Pardial. La había reforzado un herrero con tirantes de hierro para que soportara un reloj del tamaño de un armario ropero y tan pesado como un carro de uvas. A Doña Olga, el traslado de aquel mamotreto a lo largo de los ochenta kilómetros de páramo, le pareció una tarea ciclópea. No faltó lugar por el que pasó el reloj en el que sus gentes no hicieran romería para verlo. «No miran el reloj, ni la espadaña. Lo que admiran es el camión, sus sesenta y cuatro ruedas y el ingenio que sujeta la carga para que no se caiga».

Doña Olga empezó a entender que la gente se impresionaba con el tamaño de las cosas hasta el límite de la liturgia.

La llegada del elefante desde lo más profundo de África fue seguida por la prensa y la radio como si de una boda real se tratara. Cada día aparecían fotos de la bestia y de Doña Olga dominando con autoridad aquel fabuloso animal.

El cortejo fue celebrado con entusiasmo. En cada rincón del recorrido había fervorosos admiradores del elefante. La llegada hasta lo de Doña Olga fue fastuosa. La Cubana había vestido a las chicas con un peplo confeccionado con telas vaporosas y las había colocado reclinadas en unos bancos muy aparentes rodeadas de frutas y jarras de licores. Convenció a los más acérrimos para tiznarse el cuerpo y cubrirse con un escaso taparrabos. El ruido fue creciendo según se aproximaban Doña Olga y sus huestes. El animal se movía con una lentitud majestuosa. Parecía flotar en el aire. El pandemónium fue extraordinario y Doña Olga saboreó aquella noche con porte de emperatriz.

Del elefante me encargué yo. Un tiempo nuevo empezaba para el negocio.

La noticia recorrió el páramo con urgencia de pólvora. Vinieron curiosos y avisados desde todos los sitios conocidos, De Torinas, de Combral, de Marañón y de Combrilla. Vino el Mago de Mariminga e instaló su velador para hacer juegos de manos. Un sanador de Pálice agotó las existencias del agua milagrosa en un suspiro. Llegaron cuadrillas de Remega, de Baldoro y de Fraila.

El trajín incansable dio otro color a la vida mustia.

Doña Olga organizó aquella feria bulliciosa y caótica, asignó sitios a los curanderos, a los adivinos, a los cofrades de Heraclio. Ordenó una cola de visitantes del elefante y puso a las chicas a cobrar los tiques de la fila interminable. Hacían caja y se daban a conocer.

El elefante descansaba tranquilo en el enorme aposento al que lo destinamos. No parecía sufrir con su propio espectáculo. Vivía atendido por los hombres de Juan de las Cosas. Los mismos que se encargaron del traslado colosal. Doña Olga fue perdiendo afición por la bestia que crecía a ojos vista. Lo importante para ella ya había ocurrido. Había demostrado su poderío. El animal fue el ejercicio que lo hizo posible. Cuando, con los primeros fríos, el alboroto se fue apagando, Doña Olga dejó de visitar al animal. La rutina se enseñoreó del tiempo y el negocio volvió a su

cauce.

La bestia también sintió el abatimiento de aquella fiesta larguísima. Ante la tranquilidad respondió con agitación. Un ir y venir constante sorprendió a los cuidadores. La bestia no tenía sosiego. Dormía escasos minutos, y al instante, incorporaba su enorme osamenta y recorría en peregrinaje el galpón de madera que lo cobijaba. Y así día tras día, sin más relajo que los breves descansos cuando el cansancio lo vencía.

Doña Olga fue informada al detalle. Su indiferencia mudó en enfado. Iracunda azotó la piel de cuero viejo del elefante sin que el látigo le produjera ninguna herida. «Ahora puedes morirte si quieres. Haremos una olla gigante para los menesterosos y las muchachas». La bestia se refugió en un rincón y permaneció quieta varios días.

Juan de las Cosas dio la voz de alarma. «El elefante ha embestido las maderas del portón y ha salido de estampida». Doña Olga ni se inmutó. Desde la altura de su balcón veía alejarse a la bestia que arrasaba lo que iba saliendo a su paso.

«Lo he legado al mundo». Doña Olga, imperial.

40. Parlamento

—Es cosa del metabolismo —afirmó la Cubana con su voz caribe oscuro.

—Es que tiene el coño como la miel, dicen que le sabe a algodón dulce —rebató la Habanera con más caribe aún.

En la hora de la siesta, con la canícula bañando en sudor hasta el canto de las cigarras, la reunión se entretenía en la manipedi y en la disección de las muchachas. No había nombre que no fuera expuesto, tara que no fuera examinada con la exactitud del microscopio.

—La Higoduz se ayuda con ungüentos. No es natural, se fabrica lo duz y así tiene más clientes que una barbería —la Cañoneti desentrañaba las armas de la colega.

El páramo, a esa hora tiene un sonido zumbón, de tábanos, de chicharras y moscas de cabeza verde y brillo metálico. La reunión se adormece y naufraga en la penumbra de la sala. Rompe el aire anestesiado la voz de vicetiple de la Marlén:

—Se dice que la Lúa era monja antes de la guerra, pero le encontró gusto a la ingle y cambió de oficio. Sufrió tanto que la creyeron loca. Doña Olga recibió el encargo de esconderla. Vio que el material era bueno y convenció a la protegida de que estaba muy lejos de la virtud y mejor camuflada si hacía lo que era natural en aquel cenobio. Le hizo ver que nunca volvería a ser pura y que la santidad había desaparecido ensartada en la verga de algún miliciano. Una vida de sacrificio y mortificación era el único camino hacia la salvación. Por eso se pasa por el arco del pecado a media comarca, por mortificarse y hacerse santa.

—¡La gran alcahueta! Suúnico interés es el dinero. ¡Con él se pudra! —rezongó la Ingri.

—El alma y el corazón los tiene podridos y, seguro que la alcanzía, también —remachó la Marlén.

Acudió el calor de acero fundido; el zumbido del solano como aspas gigantes. El sudor resbalando lento, espeso, cuerpo abajo. La luz de la siesta, tensa como la cuerda de un arco a punto de romperse. Los corazones temerosos, destilando todo el veneno retenido en el oficio de noches eternas en el páramo, como piedras silenciosas, imperturbables.

—La Betibú tiene el cuerpo lleno de verdugones. Según lo antiguos que son, varían de color. Desde el rojo más vivo hasta el violeta oscuro —expuso la Bombi.

—En su arte es lo normal —aseguró la Ingri, entendida en artes.

—Lo aprendió con un conde estirado y tísico. Murió hace poco y la Betibú estuvo una temporada en el pozo más negro de la tristeza. Es que dicen que el dolor une mucho —afinó la información la Bombi, especialista en sufrimientos.

—Pues tiene sus admiradores fieles, y fijos en la ocupación. Casi siempre alegres, casi siempre despreocupados, pimpantes. Parroquianos a los que la vida solo les trae sonrisas y blanduras —la Ingri aumentaba la información.

—Por eso vienen a que la Betibú les compense tanta bonanza con latigazos y pinzas en los cojones —ilustró la Ingri.

Avanza la tarde, el rigor del páramo se suaviza con un soplo de frescor que llega desde el cielo que empieza a oscurecer.

—Vamos, están a punto de llegar los más impacientes.

Se ordenan y se recogen las pinzas, las tijeras, las limas, las tenacillas, los peines y cepillos. Ungüentos, cremas y líquidos milagrosos.

La noche disuelve el parlamento y un ánimo renovado cada día ahuyenta el tedio, la desidia se esconde entre turgencias y tibiezas, entre encajes y brocados. Languidecen los perfumes en la noche azul profunda del páramo.

41. Antolagnia

Todos los jueves se convirtieron en un pantanal de olor dulzón y caliente. Un ciclón de mimosas y magnolias arrasaba alcobas y salones, y desencuadraba cerchas y columnas. El olor de lirios y narcisos trepaba por las cortinas y los visillos mareando encajes y sedas. Se repartía por todos los rincones, infectando el aire de la casa hasta convertirlo en una pulpa irrespirable..

—Doña Olga, las muchachas se quejan. Algunas se adormecen, otras tienen náuseas y la Ingri estornuda como si se fuera a terminar el mundo.

—No importa. Llenad de flores la alcoba de la Canela. Hasta el techo, como una selva. Lo manda el juez —ordenó impertérrita Doña Olga.

Cuando se ocupaba con la Canela, el juez Don Facundo Perona, de natural taciturno y grisanto, sufría una transformación prodigiosa en presencia de aquella jungla floral. El reguero de olor almizclado se alojaba en su vientre y le producía una excitación erótica que desembocaba en un orgasmo formidable y generoso.

—Es el olor de las flores. La Canela no hace nada, como si fuera un adorno. Don Facundo se va en olor. Como un santo varón.

Doña Olga suspiraba, beatífica.

42. Movimiento continuo.

Sigue por aquí con su caja. Va de un sitio a otro sin parar, de acuerdo a su pasión y a su tesis. El movimiento continuo (contino dice él) existe sin gasto. Sin motor ni combustible que lo mantenga.

Se trasladó a la casa por conveniencia de su ocupación. Tanto necesitaba la quietud de espíritu como que el movimiento no cesara nunca. El espíritu en paz y la ciencia sin descanso.

Las mañanas en lo de Doña Olga tenían la placidez que daba a la casa el sueño de las muchachas. Un rumor de panteras dormidas, un zumbido que surgía de los veneros más hondos, de los cuerpos gloriosos. Todo era quietud. Silencio y luz.

Las mañanas las aprovechaba para mejorar su teoría. Dormía durante la tarde. Animado por el alboroto del ocaso se lanzaba a exponer los avances en el funcionamiento del mecanismo encerrado en la caja. En el tiempo suspendido hasta la llegada de los más ansiosos, Ladislao Trigo enunciaba con viva pasión sus argumentos. Su cuerpo breve se agrandaba según se incendiaba su verbo y un brillo luminoso hacía estelar su mirada.

Las chicas, piel fresca y almizclada, recién engalanadas de encajes y frufús caían rendidas ante la pasión irredenta de Ladislao Trigo.

La certeza de asistir a un acontecimiento trascendente que las situaba lejos de su vida encerrada, claustral, hacía que compusieran un cuadro bíblico: genuflexas, encandiladas, absortas en el zumbido armonioso y creciente que se escapaba de la caja de Ladislao Trigo.

Nunca se abrió la caja, nunca vieron el movimiento continuo del artefacto. Pero era tal la pasión de Trigo, que las muchachas creyeron sin ver. Como unas santas.

43. Sacaúntos.

«En la mesa del depósito ocupa apenas la mitad. No mide ni metro y medio. El pelo, rubiasco, se extiende por toda la anatomía. También cubre por completo la zona genital. De una forma tan abundante que apenas se aprecia un vestigio de órgano sexual. Se adivina un abultamiento que no determina el género de la bestia. Ni es vagina, ni son testículos. Lo que aparenta ser un pene mínimo bien podría ser un clítoris muy desarrollado.

Imagino el sufrimiento que habrá provocado este fenómeno. La confusión, los reproches, el miedo de ser y no serlo. El rechazo y el magnetismo morboso.

Sus manos son delicadas, pequeñas. Las uñas largas y duras. Con ellas ha descuartizado a dos niñas y a siete mujeres. Se sospecha que pueden ser cerca de cien. Los cuerpos aparecieron desmembrados, eviscerados, con dentelladas profundas, devastadoras.

Dijo que delante de lobos se transformaba, que una ira enorme lo obligaba a destrozar cualquier ser delicado. "La carne humana sabe a hierro. La de los niños sabe a rosas".

En sus órganos internos no hay evidencia de ningún hecho extraordinario. El interior es puro, limpio y brillante. Lo bestial queda en el exterior. Y del alma, como siempre, no hay rastro.

En el depósito hace frío y huele a zotal. El silencio y el fluorescente titubeante han agrandado el cadáver extraordinario del lobosome. El sacaúntos».

Nilo Gaona. Secretario del Juzgado de Regueros.

44. Tamaño.

Todos estaban de acuerdo: el Bar «La Frontera» era el mejor sitio para iniciar un negocio o terminar una vida. Igual daba la ocasión de éxito del negocio o la longitud de la vida.

Así fue como dio comienzo el negocio que acabó con la vida de Trejo, el enano que presumía de verga. Odila despachó el encargo y Trejo se desangró por donde más medía.

45. Visillos y sangre y ánimas.

«Un universo imposible de frascos, probetas, matraces blancos, azules y esmeraldas. Sobres empolvados, hojas sulfuradas y materiales con aspecto pétreo. Planchas de metal oxidado con chafarrinones en oscuros desvaídos. Cadenas dentadas de amenazas agudísimas.

Cánulas y gomas sanguinas dibujaban un haz fosforescente, abisal.

Esta habitación estaba al lado de la cocina, en el fondo del pasillo. Aún no hemos encontrado vestigios humanos, pero nos derrumba la seguridad de hallarlos».

Nilo Gaona. Secretario del Juzgado de Regueros.

46. Maneras de tocar el blues.

Desde que recuerdo, siempre me decidí por la calma, los cocimientos de hierbas y las estupideces, como cuando miré a Oleiros a los ojos para saber qué se sentía cuando la muerte te devuelve la mirada.

También me gusta enamorarme de las mujeres que me rechazan y sentarme en el borde de la cama para intentar no pensar en nada, pero sentir todo. No recuerdo perder nunca el sentido de la medida de las cosas y eso me ha ayudado a mirar la vida sin aspavientos. Cuando llega la suerte y la alegría debe inundarlo todo, la recorto y le añado unas gotas de amargura. Si las malas noticias se aprenden el camino, las recibo con una sonrisa irónica, como perdonándoles la existencia. Esto me ha dado aires de tipo duro, pero en realidad soy descreído y escéptico porque sé que a la tortilla sólo le dan la vuelta sus dueños; y la piel más suave es acariciada por manos que ofenden y raspan la dignidad de cualquiera.

Nada necesito, nada espero. Los asuntos de Doña Olga sacian mi alma.

Mi único deseo es poder decirte que los tipos como yo no te gustan. Que hablar contigo es perder el tiempo porque no te voy a convencer. Da igual, sólo te necesito para sumar una estupidez más a mi modélica vida.

La Betibú me miró, se dio la vuelta y se marchó.